

FLECHAS Y PELAYOS

30 cts.

AÑO V
NÚM. 190

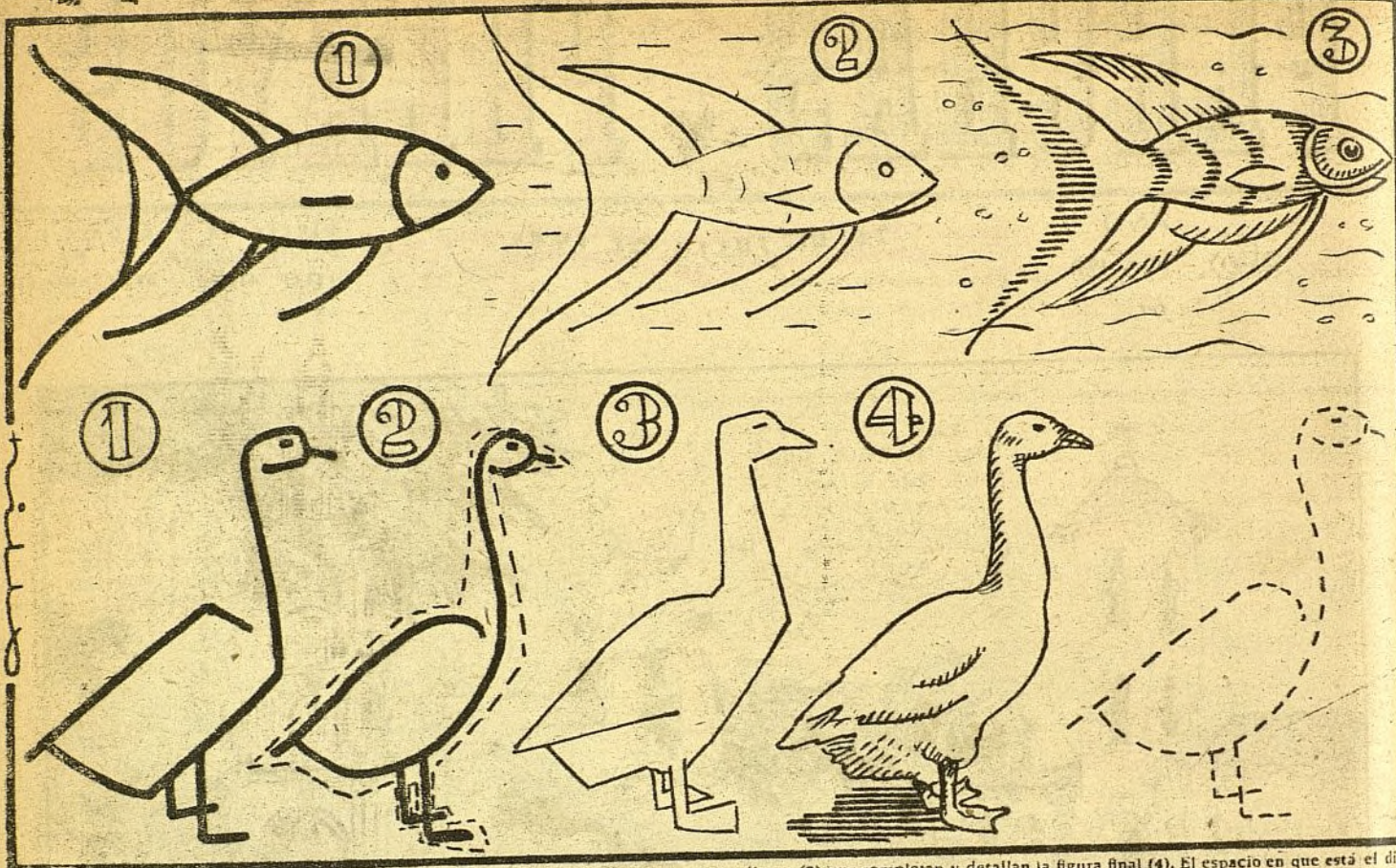
26 DE JULIO DE 1942

DIRECCIÓN Y REDACCIÓN:
MONTE ESQUINZA, 6 --- MADRID
TELÉF. 41046 -- APARTADO 213





DIBUJO INFANTIL



Hecho el esquema primero, trazas sobre él unas veces y alrededor otras tantas líneas (2) que completan y detallan la figura final (4). El espacio en que está el dibujo ligeramente señalado es para que repitas tú el ejercicio.
El pez que hoy dibujarás se llama macrópodo y vive en los ríos de China. Como ves, su forma es variada y se presta a la estilización para hacer un pez decorativo.

CURIOSIDADES

Por *Santi*

—No, niños, no soy una vulgar peladura de plátano: soy pez de verdad y me llamo «Lenguado Albino». ¡No piquéis!



Este enlutado pájaro de la India, silba exactamente como los silbatos de los árbitros de fútbol, con la ventaja sobre éstos, de que además puede volar.

Os presento a «Bobs» Watson, de ocho años el menor de los nueve niños Watson, todos los cuales trabajan en el cine. «Bobs» tiene un «record» de 22 representaciones cinematográficas.



He aquí una «mamá canguro» que tiene la bolsa en la espalda, en lugar de tenerla en el vientre. Este raro ejemplar se exhibe en el Zoológico de Sidney (Australia).



Hacía tanto calor, en Tejas (EE. UU.) en julio de 1924 que los huevos se incubaron sin gallinas. ¡Exageraos!



¡SANTIAGO!

DOCTRINA ESTILO

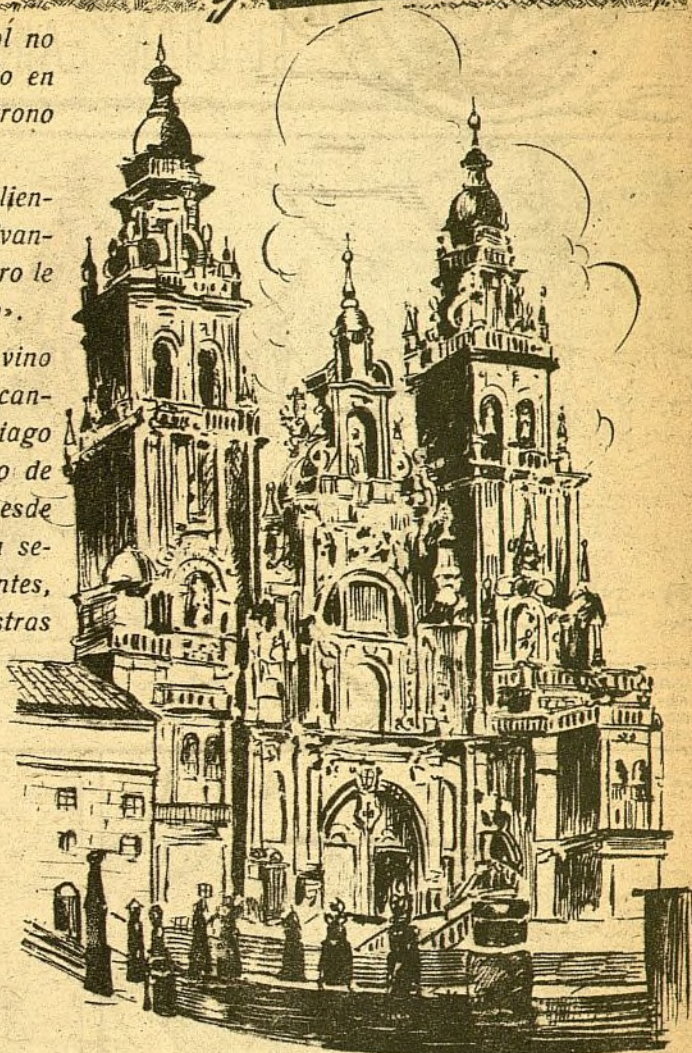
Al llegar la fiesta del Apóstol Santiago, un niño español no puede menos de sentirse gozoso y orgulloso de haber nacido en esta tierra, que desde hace tantos siglos le venera como patrono suyo.

Santiago era uno de los discípulos predilectos de Jesús; valiente, generoso, impetuoso, y tan entusiasta de la doctrina del Evangelio, que por su fervorosa y apasionada adhesión, su Maestro le dió el apodo de Boanerges, que quiere decir «Hijo del Trueno».

Cuenta la tradición que a la muerte del Señor, Santiago vino a España a predicar la Buena Nueva, y en España quiso descansar después de sufrir el martirio. Su cuerpo se venera en Santiago de Compostela bajo las bóvedas de una basilica, que es uno de los monumentos más venerables y hermosos del mundo. Desde allí derrama sus favores sobre nuestra tierra, defendiendo la semilla de la fe que él plantó, iluminando a nuestros gobernantes, alentando a nuestros guerreros, vigilando para defender nuestras fronteras, aplastando a nuestros enemigos interiores y exteriores, dando la victoria a cuantos luchan por una España mejor, más justa, más poderosa y más fiel a los grandes ideales de su pasado.

El día 25 debéis aprovecharle para consagraros como combatientes bajo las banderas del Apóstol; de esa manera él estará con vosotros en todos vuestros afanes y trabajos, y cuando la pelea arrecie, recordad siempre la palabra mágica que daba la victoria a nuestros mayores:

¡Santiago y cierra España!



Cuentos de Calila y Dimna

Los monos, la luciérnaga y el ave

Dicen que hace algún tiempo, había en un monte espeso y grande una familia de monos, los cuales cierta noche de frío descubrieron en la oscuridad la lucecilla de una luciérnaga. Creyeron que se trataba de fuego y a fin de avivarlo y poderse calentar, reunieron sobre ella gran cantidad de leña. Luego con boca y manos soplaban como podían, sin conseguir otra cosa que cansarse inútilmente. Muy cerca de ellos, encaramada en un alto árbol, un ave contemplaba la pintoresca escena. No pudiendo callar por más tiempo, les dijo:

—No os molesteis más, que lo que veis no es lo que creéis.

Pero los monos ni siquiera volvieron la cabeza para mirarla e hicieron como si no la hubieran oído. Nuevamente les habló el ave y viendo que no le hacían ningún caso, bajó del árbol para darles su consejo. Pasó, entonces, por allí un hombre y comprendiendo el peligro a



donde su ingenuidad le llevaba,
—No te preocupes de a
consejos, que la piedra que

dijo al ave:
consejar a quien no admite
no se puede partir, no se rom-



pe con espada ni es posible curvar el palo que no se dobla. Y quien esto hace, yo te aseguro que se arrepiente.

Sin tomar en consideración las palabras que había escuchado, el ave siguió gritando a los monos su equivocación, acercándose a ellos cada vez más. Los monos, por su parte, continuaban soplando a todo soplar esperando, en vano, el momento en que la leña se convirtiese en espléndida hoguera. Estando en esto, uno de los monos sintió que le agarraba el ave por el brazo, al mismo tiempo que le repetía que nunca cedería por aquel procedimiento. El mono se limitó a mirar muy despreciativamente al pájaro y sin más explicaciones, lo agarró por el cuello y dándole contra el suelo lo mató.

He aquí lo que puede ocurrirnos cuando queremos dar lecciones y desoímos, en cambio, las que debíamos recibir.





Gonzalo Jiménez de CISNEROS

"EL GRAN CARDENAL" Por CONZALO MORÍS MARRÓDAN



y al día siguiente, caballero en su mula, revistó la fuerza en la vega toledana: —«Pase Vuestra Eminencia por esotra parte—le advirtió el general— que no le dará enfado el humo de la pólvora». —«No se os dé nada, que el humo de la pólvora en la guerra me huele tan bien...



... como el incienso en la iglesia». El 21 de febrero salió Francisco de Cisneros hacia Cartagena. Repartía limosnas por los caminos; seguía su tropa; le esperaban 20 galeras y otras 80 naves: su ejército llegó a sumar catorce mil hombres: todo costeado por él.



Mas aquellos guerreros—bien lo aprendió Cisneros—sólo al oro se sometían: al grito de «Paga, paga que rico es el fraile», se amotinaron y negáronse a embarcar. Ni amenazas ni castigos les valían. El Cardenal les anunció: «a bordo se pagará». Y menos mal que llegaron los sacos con los...



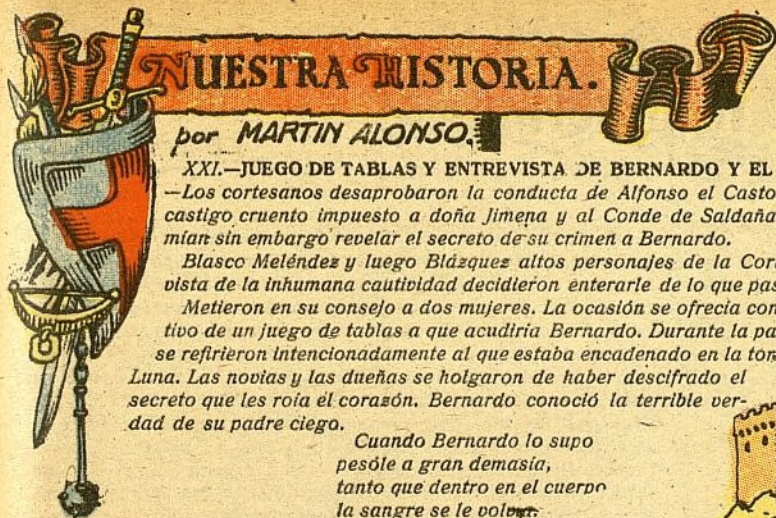
... dineros a tiempo. El 16 de mayo partieron, al fin, rumbo a Mazalquivir, plaza entonces también española. Llegaron al día siguiente. «El fraile tiene el viento en la manga»- decían sus hombres. Desembarcó la fuerza menos la caballería que, opinaron los capitanes, no era útil en aquel...



... terreno quebrado. En vanguardia los tercios de Italia, en cuatro ejércitos los demás los revistó y arengó el Cardenal. Y a la cabeza de ellos, sobre su mula erguido, lanzóse al enemigo el primero. Tenía 70 años.



Rodearon sus capitanes y le obligaron a retirarse. Quedó orando en una ermita próxima, consagrada a San Miguel mientras las tropas subían lenta y trabajosamente la ladera sobre la que se emplazaba la plaza.



XXI.—JUEGO DE TABLAS Y ENTREVISTA DE BERNARDO Y EL REY.
 —Los cortesanos desaprobaban la conducta de Alfonso el Casto y el castigo cruento impuesto a doña Jimena y al Conde de Saldaña. Temían sin embargo revelar el secreto de su crimen a Bernardo.
 Blasco Meléndez y luego Blázquez altos personajes de la Corte en vista de la inhumana cautividad decidieron enterarle de lo que pasaba. Metieron en su consejo a dos mujeres. La ocasión se ofrecía con motivo de un juego de tablas a que acudiría Bernardo. Durante la partida se refirieron intencionadamente al que estaba encadenado en la torre de Luna. Las novias y las dueñas se holgaron de haber descifrado el secreto que les roía el corazón. Bernardo conoció la terrible verdad de su padre ciego.

Quando Bernardo lo supo pesóle a gran demasia, tanto que dentro en el cuerpo la sangre se le volvió.



Sin pedir disculpa a las damas se levantó precipitadamente y con los ojos encendidos en lágrimas fué revolviendo en su corazón ideas de venganza.

Pensaba desbaratar el reino, ofrecerse a los caudillos árabes para llevarles aherrojados a los que habían sido verdugos sin entrañas con su padre.

Primero rogará al rey, invocará los servicios prestados. Si no, él, Bernardo exigirá en nombre de la justicia. De otro modo arderá Castilla en venganza.

Vistióse paños de luto que pregonaban su orfandad y pidió audiencia al rey.

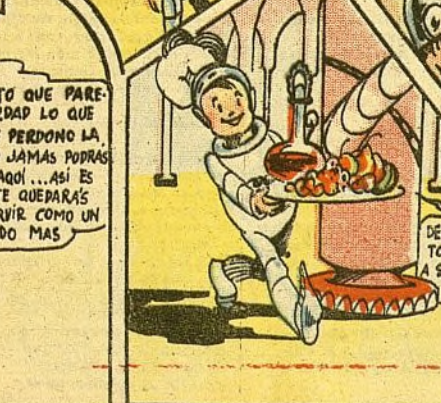
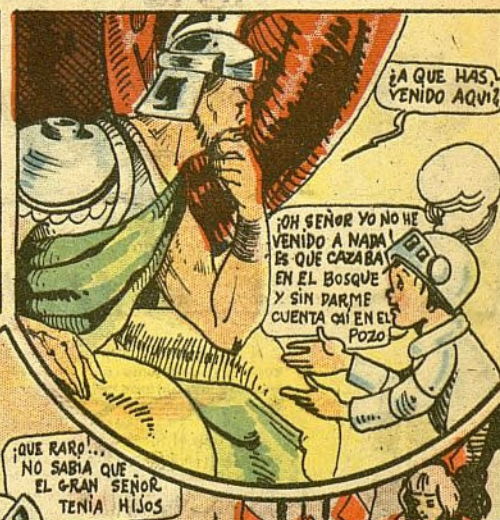
—¿Qué es eso, Bernardo?—le interrumpió el monarca. ¿Acaso codicias mi muerte?

—No—respondió el mozo pálido de resentimiento. No es así, señor. Mas os ruego por merced que me deis a mi padre al que tenéis preso en la torre de Luna.

Cayó el rey indeciso sin acertar qué debía resolver, al fin volvióse a su sobrino y díjole con recia voz:

—Partid de mi presencia, Bernardo, y jamás oséis hablarme de esto, pues os juro y prometo que nunca veréis a vuestro padre ni saldrá del castillo, mientras yo viva.

EL FLECHA GUERRERO EN UN PAIS DE QUIMERA



AQUEDA

(CONCLUIRA.)

Religión

Santiago el Mayor, Patrón de España — Vivía en Cafarnaum con sus padres Zebedeo y Salomé y con su hermano Juan. Eran pescadores. Un día pasó Jesús por la orilla del mar. Ellos estaban en su barca remendando las redes. Muy cerca trabajaban también Simón y Andrés, que ya conocían al Cristo y habían hablado de Él a los hijos del Zebedeo. Jesús miraba el ardor y la destreza que ponían en su trabajo y les invitó: «Seguidme, que yo os haré pescadores de hombres». Y los jóvenes le obedecieron, dejando todo lo que más querían: sus padres, su oficio, su barca y sus redes. Tan fieles y fieros como mastines en la devoción de su Maestro, que pedían fuego para Samaria, porque rehusó alber-



gar al Señor que iba de camino. Tan ambiciosos, que intriguaron para ser los primeros en el reino del Mesías. Tan generosos, que prometieron beber y apurar el cáliz de sangre y biele del Redentor. Al verles tan bulliciosos, tan ardientes, Jesús les llamó, cariñoso y profeta, «hijos del trueno». Sólo a ellos y a Simón—bar—Jona les cambió el nombre. Los tres eran sus predilectos entre los Apóstoles y a ellos sólo eligió para testigos de la resurrección de la hija de Jairo, de la Transfiguración y de la agonía en Getsemani. Y para probarles su especial amor les confió las tres cosas que más quería, las tres cosas que valen más en el mundo: a Pedro le dio su Iglesia, a Juan, su Madre Santísima, a Santiago, España! Después de la Ascensión, Santiago vino a nuestra Patria. En ella predicó el Evangelio, convirtió a los gentiles y consagró y nombró obispos. La Santísima Virgen le honró con su visita y milagrosamente llegó en carne mortal a Zaragoza y clavó allí un Pilar, escabel de sus pies, en prenda de sus favores y de la Fe que no se extinguirá en nuestra nación. Volvió el Apóstol a Jerusalén y Herodes Agripa le encarceló y mandó que le cortaran la cabeza. Fué el primer mártir entre los Apóstoles. Sus discípulos trajeron su cuerpo a Galicia, donde le enterraron. Desconocido estuvo el lugar de su tumba hasta el siglo IX en que unas luces milagrosas le descubrieron. Aquellas luces se divisaron pronto en toda la Cristiandad, que envió peregrinos de todas partes del mundo a orar ante las sagradas reliquias del «hijo del trueno».

Ha blandido su acero defensor en muchas batallas contra los infieles. Su caballo blanco ha levantado un polvo de estrellas, que ha dejado en el cielo el «camino de Santiago». España heredó del Apóstol la ambición de pescar almas, de ser la primera entre todas las naciones en el Reino de Dios, de abrasar con su hoguera o con su amor a los enemigos de Cristo, de apurar hasta las becas el cáliz y la gloria del martirio en la mesa del Señor. Por eso, como al Apóstol Santiago, también ama Cristo singularmente a España y la ha escogido para testigo excepcional de sus amores, descubriéndola su Corazón y asegurando su triunfo con esta promesa: «Reinaré en España con más veneración que en otras partes». Para extender este Imperio espiritual jinelea delante de nosotros el Apóstol, Padre de nuestra Fe y Patrón de nuestros destinos al que seguimos con el victorioso y audaz grito, santo y seña de victorias: «¡Santiago y cierra España!».

V. Franco. C. M.



Del biberón a la FAMA Aurora Redondo

La voz chillona y graciosísima de Valeriano León corre del camerino al escenario mientras con asombro nos levantamos del muelle diván en que nos habíamos acomodado.

—¡Aurora, Aurora!....

Y como el formidable actor y director acompaña a su voz en la apremiante trayectoria, tememos que salga a escena a destiempo y con una frase que no está en su papel.... Pero no; que aquí viene ya su bella esposa entre bambalinas, diablitas y trastos, escoltada por una simpática sonrisa.

—Aurora—dice Valeriano—te presento al amigo

Duendecillo que viene a hacerte unas preguntas para Flechas y Pelayos. Nos inclinamos versallescamente, pues somos muy finos y además Aurora va caracterizada de una elegante madama dieciochesca. Y simulando tomar un poquito de rape damos comienzo a nuestro diálogo.

—¿Queráis decirme, señora, dónde nacisteis vos?

—Encantada, caballero; Vine al mundo en Barcelona ¡nada menos!

—¿Toledano soy yo, señora y a fe que no es grano de anís. Mas prosigamos. ¿Recuerda cuáles fueron sus primeras aficiones?

—Mis primeras aficiones fueron por el teatro, al que me dediqué desde niña.

—Y recurriendo a la fidelidad de su memoria, ¿podría darme noticia de su primera travesura?

—¡Caballero, caballero!.... Mas si fui muy traviesa de infanta y si contase además de la primera todas mis diabluras necesito faltaros todo un número de Flechas y Pelayos y aún un número extraordinario. Sólo os relataré la del palillo, que consistió en que un día solicité la posesión de un liviano mondadientes, cosa a la que accedió mi señora madre extrañada de lo trivial de mi capricho. Mas yo rechacé con un mohín de enfado el palito; así como los que sucesivamente se me fueron ofreciendo, hasta romper rabiosilla la pastorella de porcelana que llevaba sobre la cadenera un haz de ellos. Entonces mi señora madre solicitó le acompañara a la tienda a comprar uno que fuera de mi agrado, y al llegar a una esquina en que cierta viejecita vendía golosinas señalé, imperiosa, a la cecita

¡Ese, ése!

Era un palillo con un pirulí en la punta.

—¿Sois golosa, pues, madama?

—Mermeladesca y piraulesca, caballero.

—¿Dónde comenzó su carrera artística?

—En el Teatro Catalán. Y la terminaré, si Dios quiere, con este Valeriano chutungo.

—Principio y fin de una dorada cadena de triunfos. Mas si no fuésteis farandule ra ¿qué preferirías ser?

—Sólo dejaría el Carro de la Farándula por la Rueda de la Fortuna. Anhelaría ser rentista de las buenas.

—¡Oh, hermosa catalana, sois la «aurora» del Romanticismo!

—Presiento el siglo diecinueve.

—¿Os agrada volver a la infancia?

—Ello es lo que más me gustaría del mundo; pero ser niña siempre.

—Eso sería un sueño encantador, señora baronesa.

—Sin novedad. ¡Lo han dicho ya tantas!

—Sin novedad, señora baronesa. Y ahora, para terminar: ¿Lée revistas infantiles?

—Las leo, duque. Y son mi verdadera pasión, porque ellas me transportan a esa edad tan encantadora en que nada que no sea juego importa.

De improviso, un prosaico («voy a empezar») rompe el encanto de nuestro amable coloquio, y la gracia y belleza de esta Aurora versallesca desaparece con ruido de sedas y alados pasos, clavándose en la trompa de Eustaquio la voz chillona y graciosísima de Valeriano León que dice:

—¡Ole tu marido, noya.

Duendecillo



Santiago Apóstol

Por Diego Tejerina

Dibujo del autor

Natural de Galilea, e hijo de Zebedeo y de María Salomé, fué el protomártir de los apóstoles, Santiago el Mayor, luz y Patrón de las Españas. Era hermano de San Juan Evangelista y primo de Jesucristo, según la carne. Ambos hermanos eran pescadores de oficio. Cierta día que el Señor andaba por la ribera del mar de Galilea, vióles en unión de su padre Zebedeo en un navío remendando unas redes. El Señor los llamó y ellos dejando al punto las redes y a su padre, le siguieron.

Fueron estos discípulos los más favorecidos después de San Pedro. Refiere el Evangelista San Lucas, que viendo los dos hermanos Santiago y Juan que los samaritanos no querían hospedar al Señor, le dijeron: «¿Quieres que hagamos bajar fuego del Cielo, que abraza a esta gente?»; mas Jesús les respondió: «No sabeis de qué espíritu sois»; con esto les dió a entender que El no había venido a dar la muerte a los pecadores, sino a morir por ellos para darles la vida eterna.

Después de la Ascensión de Jesucristo, predicó Santiago en Jerusalén y en Samaria. Pasó después nuestro santo Apóstol a España, convirtiendo a algunos hombres a la fe, llegando después

a Zaragoza en unión de algunos de ellos.

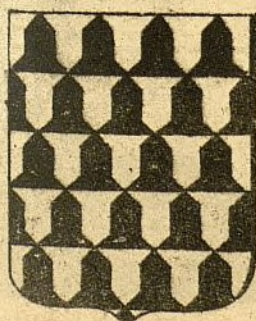
Cierta noche que Santiago salió con sus discípulos a la ribera del Ebro para orar, se le apareció la Reina de los Angeles (que aún vivía), sobre una columna o pilar de jaspe, diciéndole: «En este mismo lugar labrarás una iglesia en mi nombre, porque desde ahora tomo esta nación bajo mi amparo».

Volvió después el Apóstol a Jerusalén, donde los judíos le echaron una soga a la garganta y acudiendo los soldados le prendieron y llevaron delante del rey Herodes, el cual por dar contento al pueblo le mandó degollar.

Grandes han sido las mercedes que Dios Nuestro Señor ha hecho por medio de este gloriosísimo Apóstol a nuestra querida España, ya que de él recibimos la luz de la fe y el primer templo labrado a la Madre de Dios y la celestial protección contra los sarracenos, pues se dignó en la batalla de Clavijo capitanejar nuestros ejércitos, montado sobre un caballo blanco, por lo cual la señal de acometer los soldados españoles, y cerrar con el enemigo, comenzó a ser la señal de la cruz al tiempo de decir: «Santiago y cierra España». Invoquémosle, pues, al rogar por nuestra querida patria, para que la libre de las asechanzas del enemigo.



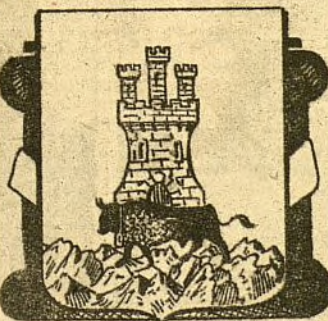
PARTE E HISTORIA ESCUDOS ESPAÑOLES



ALCANTARILLA.—Villa de la provincia de Murcia.



ENCINASOLA.—Villa de la provincia de Huelva.



BORJA.—Ciudad de la provincia de Zaragoza.



CAMPOEVANOL.—Lugar de la provincia de Gerona.



SANGÜESA.—Villa de la provincia de Navarra.

¡¡ATENCIÓN, ATENCIÓN!!...AQUÍ CATAPÚN CHINCHÓN



ESCENAS de BESTAPOLIS



EL GANGSTER PATO'SHO



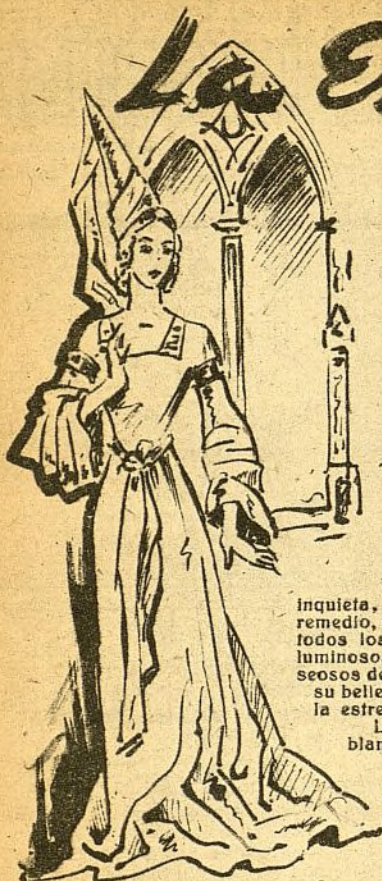
LA GRAN AVENTURA DE PERECITO



(Continuación).

Quedó maravillado. ¡Qué flores! ¡Qué césped fresco, y suave! ¡Qué tierra húmeda, qué arena blanda!... Esto era vida y no el tabique aquel, en que apenas si podían rebullir. Corrió de un lado a otro, fregándose todo, se revolvió y rebotó en el césped, bebió agua de un arroyuelo... La luz de la luna lo envolvía todo en un fantástico tul de plata, y a Perecito le pareció que esa luz se infiltraba en él dándole más fuerza y más optimismo. Todo era posible, porque Perecito—como todo aventurero—tenía algo de poeta, que los poetas embellecen cuanto describen y magnifican cuanto ven. Camasaz, decidió seguir su marcha en busca de las grandes aventuras por el sonador río por debajo de la puerta del jardín, y saltó a la calle. El corazón casi se le saltó. Cuatro enormes gatos revolaban en un cajón de desperdicios. — ¡Si me ven! — pensó. Y como si su pensamiento hubiese sido timbre de alarma, uno de los gatos se precipitó sobre él. Perecito dio un respingo y se metió entre los barrotes de un sumidero, hundiéndose en un fangal que le ahogaba. A duras penas consiguió llegar a un lugar donde el fango tenía menos profundidad y le permitía tener la cabeza libre. Atisbó el exterior. Allí relucían los ojos del gato como dos faros de automóvil. — Si talgo me mata — pensó Perecito. Esto de correr mundo en busca de aventuras no es tan hermoso como yo había soñado; no se encuentran tan fácilmente los depósitos de quesos y mejor hubiera sido contentarse con el pedacito que copia en la despensa de la casa, que aunque era poco se podía comer con tranquilidad. El cuerpo, hundido en el fango, empezaba a dolerle, y un frío intenso le invadía. Los ojos del gato relucían arriba como dos ascuas, y de vez en cuando asomaba la zarpa por el enrejado del sumidero.

(Continúa).



La Estrella de Oro

En la noche estrellada la noble princesa de los ojos azules y las trenzas doradas miraba los cielos desde la ventana de su camarín, y en la amplia extensión y sobre ella, vió, destacándose con viva luz, de entre todas las miradas brillantes, que llenaban el firmamento, una estrella dorada que caía enfrente y encima del ventanal. Al punto, la noble princesa a quien nunca le fué negada cosa alguna de cuantas deseara, sintió una ansia viva de alcanzar aquella estrella de oro, que desde el cielo la miraba enviándole su pálido rayo y creyó que un hilo invisible de luz la encadenaba a aquel astro precioso, pues su dueña Emerarda le decía de continuo que el destino de los reyes y de los príncipes estaba ligado al de las estrellas de los cielos. Así pensando, miraba a la gran torre del castillo y la aguja de una de sus torrecillas que flanqueaban sus ángulos y veía desde allí, le pareció un dedo que le marcaba la estrella apoyando lo que pensaba. Desde aquel día la noble princesa de los dulces ojos, no pensó en otra cosa que en alcanzar aquella estrella refulgente, que al asomarse a su ventana veía todas las noches, y en su afán, quiso tenerla junto a sí y apresarla en su mano y aún colocarla en el centro del aro de brillantes que ceñía su sien. Desde aquel mismo día en que la princesa empezó a palidecer y a estar inquieta, el poderoso rey, su padre, al averiguar la causa, trató de ponerle remedio, y así mandó por todo el reino mensajeros, para que hiciesen saber a todos los varones súbditos suyos, que la princesa deseaba tener el astro luminoso, prendido en el aro de brillantes de su cabeza. Muchos vinieron, deseosos de librarla de aquella triste melancolía, porque la amaban todos por su belleza y su gracia, pero ninguno de ellos pudo descolgar de lo alto la estrella de oro, causa de su afán.

Llegó a caballo en un atardecer de mayo, el caballero aquel de la blanca armadura brillante, y arrogante pasó ante el rey y quiso ver a la doliente princesita. Le recibió reclinada en su sillón bajo el dosel coronado, triste siempre por no ver satisfecho su ardiente deseo de poseer la dorada estrella y más triste aún por ver que ninguno de cuantos lo intentaban no lograban nada, ni volvían siquiera a traerla la más leve esperanza.

—Yo haré una escala que hasta allí suba y bajaré la estrella luciente—le decían muchos al parir ánimosos, pero ninguno había vuelto y la princesa languidecía cada día más.

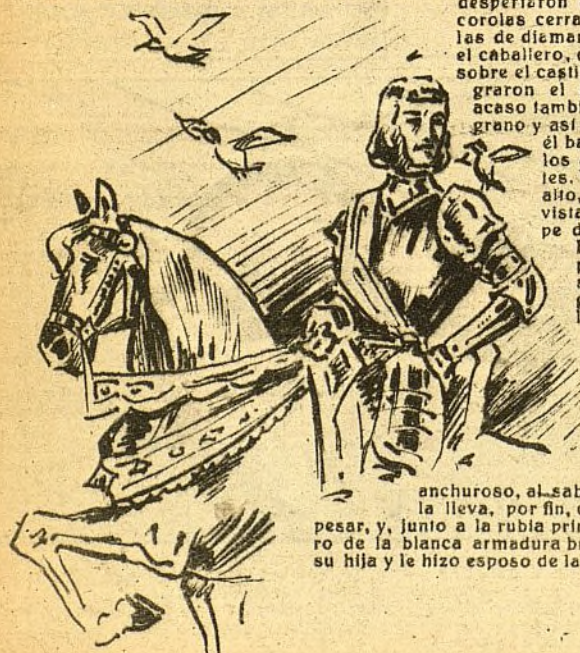
El caballero de la blanca armadura no hizo sino doblar ante ella la rodilla y besar la mano de marfil y salió sin dejarle con esperanza de que él pudiese hacer lo que otros no pudieron. Púsose en marcha apenas salió del castillo y llegó a una espesa selva cuando ya era de noche. El camino apenas se veía, de trecho en trecho las espesas copas de los grandes árboles, dejaban ver un trozo de cielo y alguna estrella, que como un ojo curioso se asomaba al bosque para ver pasar al caballero; resonaban en la selva las pisadas sonoras del brioso caballo que montaba y rebrillaban al rayo de la luna caballo y caballero, cuando pasando por algún claro del bosque llegaba hasta ellos su rayo plateado. Y llegaron cuando ya las tintas azules del amanecer perfilaban los valles y las altas montañas, ante una roca gigantesca que tenía una gran puerta tallada en la misma roca, a cuyos lados, tallados también, dos grandes buhos parecían darle guardia. Allí ató su caballo al tronco de una vieja encina y penetró en aquel palacio de las sombras; tan densa era la oscuridad que dentro había. A fientas llegó hasta un inmenso corredor alumbrado por tres grandes teas, a cuyo final había otra gran puerta de piedra, que se abrió al tocarla el caballero con su guantelete de acero. Y entró y se halló en un salón espacioso, que también se alumbraba con grandes teas gigantes. Una hermosa matrona de amplio ropaje, saltó a su encuentro. Expúsole el caballero el motivo por el que allí iba, y ella entonces extendiendo el manto inmenso, de mil y mil pliegues que la cubría, le mostró cuajado de estrellas, y pronto, entre la multitud de ellas, a la hermosa de oro que ansiaba la princesa.

—Es hija del sol—dijo la matrona—de su rayo deslumbrador tiene la luz dorada, y el hilo de oro que la une al manto que llevo, el sol le dió; si accediera a tu deseo y al de la princesa, de arrancar de mi manto estrellado ese bello astro de luz, tendría que sustituirle por otro y ponerle en su lugar y sería a la luna a quien habría que pedirlo y así mismo el hilo de plata que lo uniese al manto que llevo; si traes lo que te indico, te daré la estrella que la princesa ansía y podré aliviar su doliente cuita.

Sentado en un sillón estaba un manco de azul ropaje. De su aliento se formaba una ancha faja, verde y opaca, en la que flotaban, sin cesar, innumerables seres; escenas y lugares que icmaban relieve un instante y se desvanecían después, perdiéndose y descomponiéndose constantemente en la faja que corría a todo lo largo del amplio recinto. Y otra ancha faja y otro manco sentado, estaba enfrente de aquel, pero con negro ropaje vestido, y en la faja que de su aliento se formaba flotaban mil espectros y seres de formas monstruosas y terroríficas, con pálidos rostros de gestos terribles. Eran el Sueño y el Miedo, cortesanos de la Noche, que ella era la dueña de aquella sombría mansión. Junto a la gran puerta de la entrada despidió ella al caballero, y al encontrarse en el bosque de nuevo, se puso a pensar qué senda le llevaría al flotante palacio de nubes, donde la luna mora. Centando a la aurora las alondras despertaron al bosque dormido, abrieron las flores sus corolas cerradas, y, sobre ellas, el rocío brilló coronándolas de diamantes al primer beso del sol. Entonces pensó el caballero, que acaso aquellas mismas avecillas volaron sobre el castillo de la doliente princesa y sus cantos alegraron el triste corazón, herido de melancolía, y que acaso también de la mano de marfil comieron el rubio grano y así pensando lanzó un silbido particular y hasta él bajaron las alondras y en sus hombros y en los arneses de su caballo se posaron obedientes. Y se lanzaron en vuelo vertiginoso hacia lo alto, y a poco desaparecieron del alcance de la vista. Entonces el caballero se alejó de allí al galope de su caballo, y el bosque quedó en silencio.

El guantelete de acero vuelve a llamar golpeando la puerta de piedra, que cierra la mansión de la Noche y que encuadran dos buhos gigantes, labrados con piedra también, y la Noche ha salido de nuevo a recibir al gallardo caballero. Este trae la estrella, la estrella de plata que la luna dió a las alondras y el hilo brillante para unirle al manto de los pliegues múltiples que ocultan lo inmenso de sus dimensiones; y entonces la Noche le entrega la estrella preciosa, que las alondras bajaron por una escala de rosas, la estrella de plata que la luna dió para sustituirla en el manto

anchuroso, al saber la cuita de la dulce princesa doliente. Y la lleva, por fin, coronando la tersa frente, libre ya de aquel pesar, y, junto a la rubia princesa de los claros ojos, va feliz el caballero de la blanca armadura brillante, porque el rey le otorgó la mano de su hija y le hizo esposo de la más bella de las princesas.



María del Carmen



La tragedia de marco

Por NATALIO RODRIGUEZ ("TALIO")



Los domingos, como buen cristiano, llevaba a sus hijos a la ciudad vestidos con sus mejores galas, para oír la santa misa. Pero un domingo, después de comer, se acordó de pronto que tenía una escopeta y decidió probarla. Llamó a sus hijos y les habló así:

—Voy a la montaña a probar este arma. Regresaré al anochecer. Podeis quedaros jugando junto a la casa. Mucho

cuidado con el chiquitín. Es lo que más quiero en este mundo y enloquecería de dolor si algo le ocurriese.

Los niños prometieron ser muy buenos y cuidar mucho a Luisín. Marco se despidió de ellos y comenzó la ascensión difícil entre las breñas y zarzas del camino. Su conciencia le cosquilleaba un poco, pero para ahuyentar el remordimiento comenzó a silbar una cancioncilla. De pronto sintió un espantoso ruido, como si un tren se acercara a gran velocidad. Instintivamente se escondió detrás de un árbol. Su asombro le impidió realizar el menor movimiento y hasta se olvidó

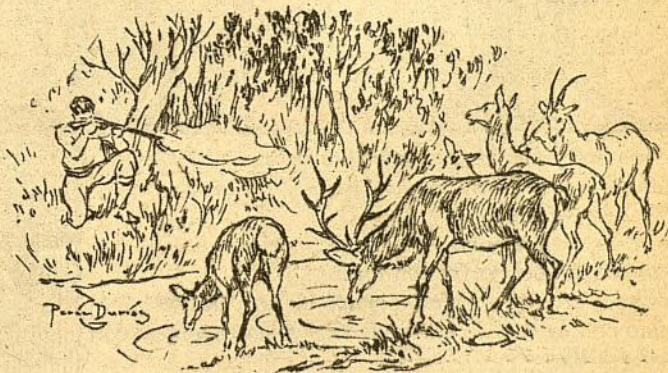
comprendió que el aire le había delatado y se prometió ser más cauto en la ocasión próxima. Iba a comenzar el descenso, cuando vió volar sobre su cabeza un enorme pajaraco de repugnante aspecto. Marco le miró con temor; era el temible cóndor, que puede soportar sobre sus garras, en pleno vuelo, el peso de un hombre. El temor impidió a Marco hacer cualquier movimiento, mientras el cóndor descendía cerca de donde aquel se hallaba, describiendo amplios círculos. Al fin se posó sobre el suelo. Marco alzó la cabeza sobre los matorrales y vió cómo el cóndor había sorprendido a una incauta liebre que jugaba cerca de un arroyuelo cercano, elevándose con ella en sus garras hasta el picacho más elevado de la montaña. Marco olvidó el incidente, pero se felicitó por el descubrimiento. El arroyuelo era, sin duda, el abrevadero de los animales de la selva, y el rebaño de cabras había partido de allí. Marco regresó muy contento a su casa. Los niños le recibieron con gran alborozo.



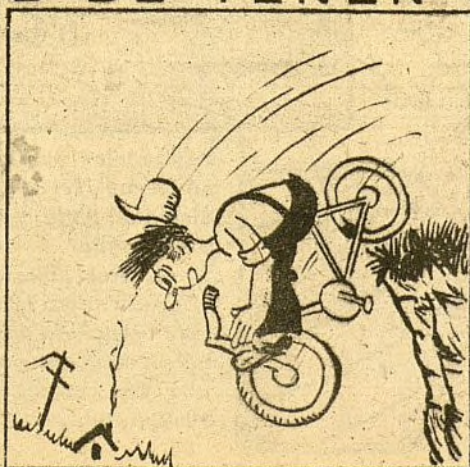
Al día siguiente, muy de mañana, Marco partió para la montaña. El instinto de cazador, había envenenado su alma. Avanzaba con infinitas precauciones, teniendo buen cuidado de que el aire no delatara su presencia, para lo cual, de vez en cuando, arrojaba al aire un papel de fumar, consiguiendo así avanzar siempre en contra del aire. Su alegría no tuvo límites, cuando comprobó el buen resultado de la estratagema. Había llegado a quince metros del arroyuelo, sin ser notada su presencia. En un claro del bosque, junto al arroyo, un rebaño de cabras y algún antílope pacían felices, sin dar muestras de la menor inquietud. Marco apuntó el arma a un ciervo. Era un hermoso ejemplar. —(Continuará).



que llevaba una escopeta. Delante de él, como una exhalación, pasó un gran rebaño de cabras monteses, produciendo, en su desenfrenada carrera, el ruido que asustó a Marco. Este lo comprendió todo en un instante. Dios ha dotado a todos los seres de la creación, de medios para defenderse de los peligros y poder vivir en la Tierra. Las cabras tienen tan finísimo olfato, que a muchos kilómetros, si el aire les es favorable, perciben la presencia del enemigo. Cuando esto sucede, un ejemplar cualquiera de la tribu lanza un bramido que es la señal de alarma y todo el rebaño sale disparado en dirección a las inasequibles montañas, donde nadie puede llegar. El hombre, dotado por Dios de superior inteligencia,



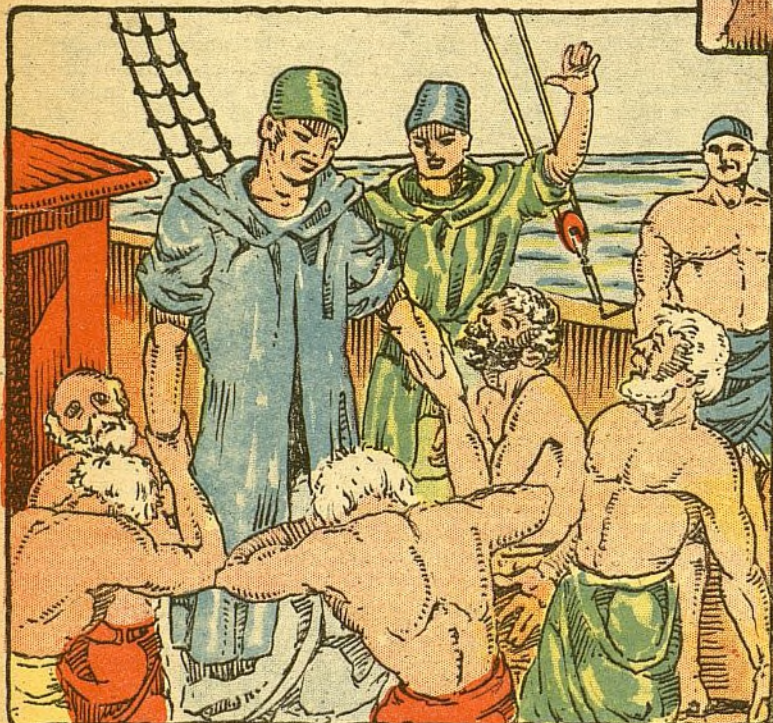
LA SUERTE DE TENER BICICLETA



El príncipe insatisfecho

Cuando la galera emprendió la marcha hacia aquel rumbo desconocido, el príncipe reunió a todos los guerreros que de forma tan inexplicable habían surgido de las escotillas en el momento del peligro y les dijo:

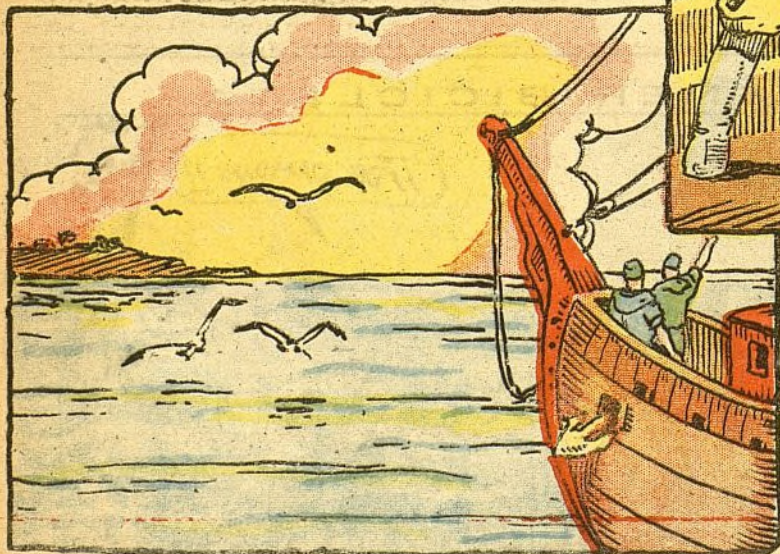
—Sois unos héroes. No tengo palabras para agradecer vuestra lealtad, ni la valentía que habéis derramado en mi auxilio. No sé quiénes sois y sin embargo mucho os debo. Tanto, que siempre lo tendré presente hasta el



fin de mis días. Si quereis marcharos, podéis volver a vuestros puestos llevando con vosotros mi mayor agradecimiento y simpatía.

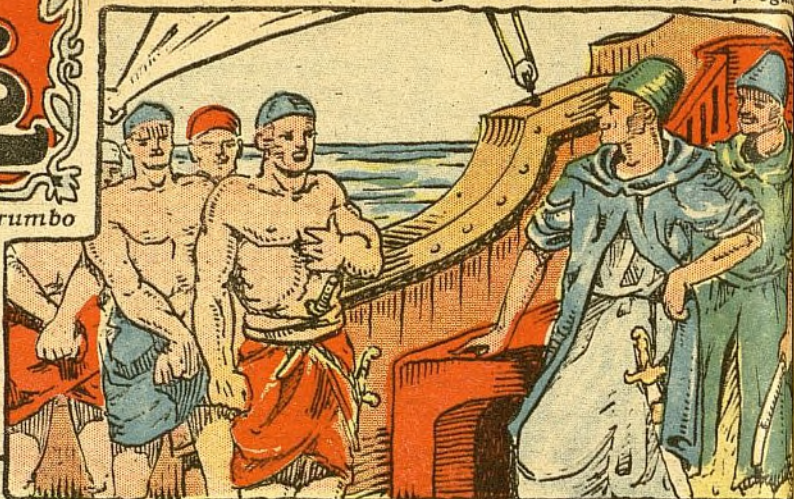
El que los capitaneaba dió un paso y saludando con la mano sobre el corazón contestó:

—Nada tenéis que agradecernos, señor; nuestro jefe nos envió con la misión de salvaros y seguiremos con vos hasta el fin.



TEXTO ORIGINAL DE VALLE.

Ziriab, vivamente emocionado, agradeció las palabras de aquel desconocido guerrero sin atreverse a preguntarles más por no pecar de indiscreto. Habían derramado su sangre por él y esto le bastaba. A una indicación del príncipe, fueron llevados a cubierta los ex-galeotos que postrándose a los pies de su libertador diéronle profundamente emocionados las gracias por haberles librado de las pesadas cadenas que magullaban sus carnes. Todos pertenecían al botín de guerra conquistado por «Puma» en sus espeluznantes ataques a galeras indefensas. Entre ellos habían ricos mercaderes, jóvenes aristócratas e individuos de todas las clases sociales y de todas las partes del mundo.

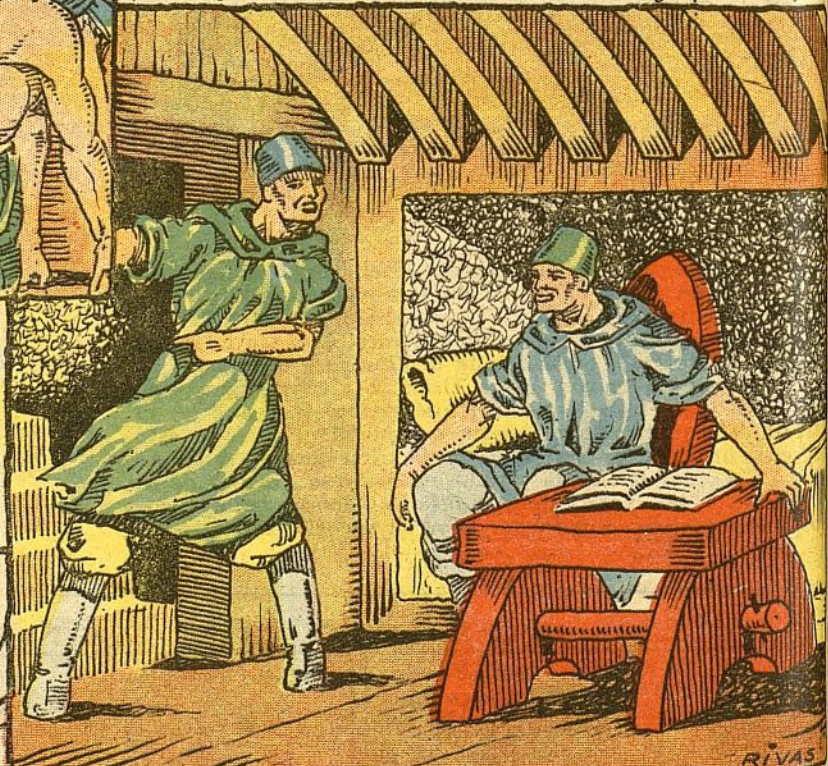


Luego de oírles relatar su trágica historia, Ziriab los nombró caballeros de su séquito, encargándoles la custodia de los que hasta ahora habían sido sus carceleros y opresores, encargándoles, también, cuidasen de los heridos que yacían en las literas. Meses después Siro, que continuaba cumpliendo su misión de vigia, bajó loco de contento al camarote de su señor exclamando:

—¡Señor! ¡Tierra a la vista!

Ziriab subió inmediatamente a cubierta para cerciorarse de la veracidad de semejante noticia. Y en efecto; en la lejanía un contorno oscuro denotaba la existencia de una isla.

—¿Será ese el país que andamos buscando?—murmuró el príncipe con los ojos-chispeantes de alegría.



(Continuar)

UN SUSTO

—¿Quién ha venido? ¿Quién ha venido?—pregunté con curiosidad a Juana que acababa de abrir la puerta.

—Esos señores tan amigos de tus papás, que veranean en un pueblecito de aquí cerca.

—¿Los señores de Rodríguez?

—Los mismitos. Ya puedes prepararte a saludarles, porque me han preguntado si los niños estaban en casa y yo les he dicho que sí.

—Bueno, menos mal que son simpáticos y siempre nos traen caramelos.

Corrí a pasar un peine sobre mis cabellos alborotados, me estiré los calcetines y penetré en la sala.

—¿Qué tal está usted?—dijo a la señora de Rodríguez dándole la mano.

—Muy bien, hija mía—respondió ella, espachurrándome contra su cara para darme dos sonoros besos. Tú ya veo que estás hecha una mujercita. Has crecido mucho desde el verano pasado.

—¿Y a mí no me dices nada?—intervino el señor Rodríguez.

Me solté de los brazos de la señora y, volviéndome rápidamente hacia él, exclamé:

—¿Dónde ha escondido usted los caramelos?

—Niña, eso no se pregunta—replicó mamá muy apurada.

Pero los señores de Rodríguez reían alegremente y me ofrecían una gran bolsa blanca que tenían oculta en el maletero de viaje.

—¡Es tan golosa, que aún sin verlos los huelo!—exclamó la señora de Rodríguez.

Y volví a espachurrarme contra sí, para demostrar el mucho cariño que me tenía.

—¿Por qué no nos la deja usted una temporada?—suplicó

la buena señora a mamá. Ya lleva un mes de playa,

ahora una temporada en el campo le sentaría muy

bien. Y para nosotros, que estamos tan solos, sería

una distracción muy grande.

—Les dará demasiada guerra—objetó mamá.

—No lo creo. Por de pronto podría probar una

semana. Si ella se encuentra a gusto, prolongamos la

estancia. ¿Qué le parece?

Al cabo de un pequeño forcejeo entre mamá y la se-

ñora, quedó decidido que aquella misma tarde marcharía

con ellos a la finca donde pasaría ocho días haciendo vida

salvaje. Mi opinión en el asunto no contó para nada. Es más;

como no me la pidieron, yo no me atreví a

darla. Pero a vosotras, queridas amigas

que me leéis, sí que puedo deciros lo

que pensaba: un viaje a lugar des-

conocido siempre es agradable

por lo que tiene de nuevo y mis-

terioso; los señores de Rodrí-

guez me colmarían además de

mimos y caprichos, pero el de-

jar mis amigas, la playa y los

baños en pleno mes de agosto,

también me molestaba. ¿Con

quién podría yo jugar durante

aquella semana? En eso discus-

ría yo durante el viaje, no muy

largo por cierto, a la finca de los

de Rodríguez. Una vez allí, com-

prendí que la diversión tendría

que buscármela yo por mi cuen-

ta, pues no había en los alrededores ningún

niño de mi edad. Y se me ocurrió un entreteni-

miento apropiado para «jugarlo» también con

las personas mayores: el de los sustos.

La primera víctima fue Casiana, la

cocinera. Bajó al sótano por leña,

Reinaba una oscuridad casi completa;

tan solo rota por las ráfagas de luz

que entraban por unas ventanitas al-

tas y estrechas. Me escondí

antes de que ella llegara en-

tre los troncos y cuando

ella alargó la mano para

coger a flotas los tro-

zos de madera, puse

mi mano en la suya.

Casiana lanzó un gri-

to y una exclamación.

—¡Dios me valga!

Pero en seguida

oyó mi risa y com-

prendió la broma.

—¿Eres tú, Mari-Pepa?

¡Qué diablillo de chical!....

Le ayudé a subir su carga y nos hicimos tan

amigas.

—Un consejo te voy a dar—me dijo Casiana enton-

ces. Que no des sustos a nadie, pues algún día te

arrepentirás de ello.

Pero como, aparte de eso, en la finca de los se-

ñores de Rodríguez no encontraba otras diversio-

nes, eché en saco roto las advertencias de la buena

Casiana. Cuando Juliana, la otra chica, iba a servir

algo a la mesa, yo me escondía detrás de la puerta y

saltaba de repente sobre ella gritando:

—¡Miau!....

Juliana perdía el equilibrio y estaba a punto de

tirar lo que llevaba. Su cara de susto me hacía pasar

un buen rato. Las mismas bromas sufrieron uno tras

otro todos los vecinos y visitantes de la casa: el

cartero, el de la leche, la lavandera....

Un atardecer, al fin, se me ocurrió dar un susto

a los únicos que hasta entonces se habían librado



de ellos: los señores de Rodríguez. Sabía el pánico que la señora sentía por los perros y decidí explotarlo.

Me escondí a un lado del camino, entre los maizales, y aguardé a que regresaran del paseo que habían emprendido por los alrededores.

Anochece ya.

Al fin se divisaron las dos sombras, que se acercaban charlando animadamente. Cuando estu-

ron cerca de mí, poniéndome a cuatro patas salté ágilmente al camino con un fuerte ladrido.

—¡Guau, guau!....

Un grito de espanto y ¡paf! una sombrilla que se estrella sobre mi cabeza. Casi en el mismo instante, la señora de Rodríguez advierte la equivocación y trata de consolarme con mil palabras cariñosas.

—Perdona, hija mía; ¡si yo hubiera sabido!....

Entonces me acordé de los sabios consejos de Casiana: «No des sustos a nadie, pues algún día te arrepentirás de ello». Y os aseguro que el sombrillazo produjo en mí un arrepentimiento completo.

Mari-Pepa



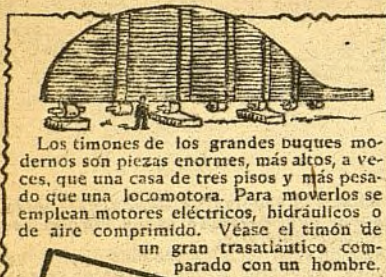
Maria Clara



Mesa REVUELTA

SOLUCIONES AL NUMERO ANTERIOR

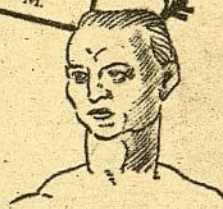
AL LOGOGRIFO: Triunfador.
AL ROMBO: C: Boa. Costa. Ata. A.
AL TRIANGULO: Tipografía. Potasa. Grasa. Fia.
AL JEROGLIFICO: Al pedestal.
AL ROMPECABEZAS: Canas y arrastrar los pies es cosa de la vejez.
A LA TARJETA: Javiereggay.
AL JUEGO DE PALABRAS: Baraja.
AL CRUCIGRAMA (horizontal): 1. Caparazón. 2. Aparatoso. 3. Tizoneras. 4. Ro.
A. 5. E. 6. Pe. 7. C. Be. Mis. 8. O. Al. Año. 9. N. Re. Ras.
(Verticales): 1. Castre. Con. 2. Apio. 3. Paz. 4. Aro. Bar. 5. Bana. Ele. 6. Ate.
7. Zor. Mar. 8. Osa. Piña. 9. Nos. Escos.



Los timones de los grandes buques modernos son piezas enormes, más altos, a veces, que una casa de tres pisos y más pesado que una locomotora. Para moverlos se emplean motores eléctricos, hidráulicos o de aire comprimido. Véase el timón de un gran trasatlántico comparado con un hombre.

ROMPECABEZAS
El. Do. Te. Ca. Mi. Le. No. Ba.
Res. A. Gam. Llo. En. Di.
Re. La.
Si combinas estas sílabas leeréis un refrán popular.

La mímica que admiramos tanto por la perfección a que ha sido elevada por el desarrollo de la cinematografía era algo desconocido en el antiguo teatro griego. Entonces llevaba cada actor durante todo el drama una determinada máscara que caracterizaba con el más alto grado de expresión el carácter de su papel.



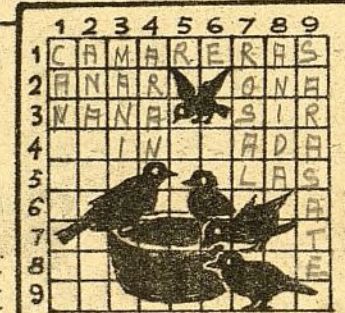
La coleta o moña que llevan los toreros de hoy tienen un antecedente remotísimo. También los atletas romanos de la época imperial se peinaban echándose el pelo hacia atrás y recogidos en una especie de moño pintoresco que se denominaba «cirrus». Así se ve en el dibujo, que está coleccionado sobre unos mosaicos procedentes de los términos de Caracalla.

JUEGO DE PALABRAS
Por OASAS.
●●●● Villa de Granada.
+
●●●● Bofetada.
El rodo, máquina.



Cuentan que en Inglaterra, en el año 1916, una gata adoptó y amamantó a una rata.

—¿Y qué alegó usted para no batirse?
—Pues que había mucha desigualdad.
—¿Por qué?
—Porque yo tenía mucho más miedo que el otro.



CRUCIGRAMA

Por M. A.

Horizontales: 1. Muchachas de servicio. 2. Batracio, al revés. Clase de indio. 3. Canción de cuna. Tratamiento inglés. 4. Persona de muchos bienes. 5. Letra. Artículos en plural. 6. Vocal. Vocal. 7. Consonante. 8. Nota musical. Vocal. 9. Artículo.

Verticales: 1. Mueble para echarse. Nombre de mujer. 2. Clase de pato. Contracción. 3. Cacahuete en cubano. 4. Labran la tierra. 5. Consonante. Vocal. 6. Vocal. Consonante. 7. Planta que da hermosas flores. 8. Forma su nido. 9. Famoso violinista español.



Ladislao Jagellón, príncipe de Lituania y rey de Hungría (1354-1434), echaba a correr cuando veía una manzana.

TARJETA

Adela Manben

Pueblo de Málaga.

M.

La copa «Rospiotis», obra de Benvenuto Cellini, el famoso orfebre italiano del siglo XVI, se vendió en 500.000 dólares oro.



ROMBO

0
000
00000
000
0

Cambiad los ceros por letras y podreis leer: 1. Letra. 2. Número. 3. Fruto silvestre. 4. Mártir por Dios. 5. Punto cardinal.

M.



En el pabellón de «Crease o no», en la Exposición de Chicago, se podía ver a Singhee, faquir hindú, que tomaba con las manos y llevaba a la lengua barras de acero calientes al rojo.

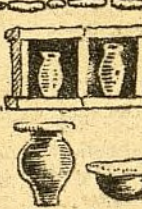


El «Quesquidi», ave que se encuentran en las Guayanas, se llama así porque al cantar parece que dice: «Qu'est-ce qu'il dit?»

JEROGLIFICO

atoN P Nota To To
5 atoN D D

No rompas...



El hombre primitivo cuidaba de las mansiones de sus muertos con preferencia a las moradas de los vivos. Con materiales muy bien ajustados construyó cámaras funerarias, en las que encerraba junto a las urnas que contenían las cenizas del muerto, sus armas y utensilios y algunos vasos con provisiones para el viaje de la eternidad.

M.^a Luisa Ruiz, de Santa Cruz del Sur, es una muchacha cubana cuyos cabellos se volvieron blancos en una noche durante una terrible tempestad, en la cual pereció toda su familia.



LOGOGRIFO

123456789 - Pasta italiana.
14325329 - Despreciables.
8912567 - Peldaño.
985569 - Para el franqueo.
12929 - Edificios.
9276 - Sin enfermedad.
858 - Letra.
54 - Nota musical.
1 - Cifra romana.

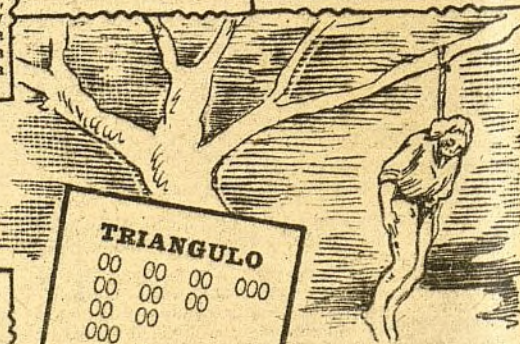
M.



—¿Cuánto dirás que me pagan por este cuadro?
—La mitad de lo que me vas a decir.



Combinad las letras iniciales de las cosas dibujadas de forma que resulte una población de España.



Oliver Cromwell fue ahorcado después de muerto por orden de Carlos II de Inglaterra.

M.

TRIANGULO

00 00 00 000
00 00 00
000

Cambiad el grupo de ceros por sílabas y leeréis: 1. Embarcaciones. 2. Clase de zorro. 3. Expresión de cariño. 4. Artículo en plural.

M.

COLABORACIÓN de NUESTROS LECTORES

CUENTO

En un pueblo llamado Burguete vivía una niña bonita y traviesa, a la cual le gustaba mucho encender su cocinita con un poco de gasolina, que su mamá tenía guardada, pues en esa cocinita preparaba comidas para la muñeca empleando pedazos de cebolla, migas de pan, etc., todo esto sin que su madre se enterara. Deseaba llegase la primavera para coger huevitos de los niños para hacer tortillas para la muñeca.

Un día tenía su cocinita en el suelo y su papá sin fijarse, la pisó y la rompió. La niña lloraba tanto, que nadie la podía consolar, pero por fin pensó: ya me las arreglaré.

Llegó la primavera y cogió dos huevitos de pájaro y fue corriendo a casa, pensando freir uno para merendar. Llegó a casa y vio que no estaba la muchacha. Cogió la aceiteira y echó aceite en su sartén. No llegaba a la cocinita y se subió a una silla, teniendo la desgracia de caerse encima del aceite hirviendo, quemándose el brazo y sufriendo muchísimo. Desde entonces ya no volvió a tocar ni la muñeca, ni los huevitos, ni la sartén, ni el aceite. Con lo sucedido, la niña quedó bien escarmentada.

Hilaria Etulaiso
12 años.

Burguete.

MI SUEÑO

Mari-Pepa, saladísima, esta mañana te vi; zera despierta o dormida? no te lo puedo decir; yo vi una niña preciosa entrar en mi habitación y decirme Mari-Lita ¿vamos a jugar las dos? y yo le dije al momento: ¡sí, sí, vamos a jugar! jugamos a las muñecas, luego a correr y saltar, después se marchó a su casa; ¿pero esto será verdad?

Mari-Lita de Berad
Madrid. 9 años.

LA RUEDA DEL MOLINO

La rueda gira con violencia sobre su eje; el agua al pasar por el molino se enfurece. Los pajarillos cantan en la arboleda y el molinero entona una canción, mientras la rueda hace su evolución.

Héctor García
Arévalo. 13 años.

EL REDENTOR

Muy lejos.... pasando tierra y mar, encontrarás un poblado que de Belén llamarás. Un día de invierno, un niño hermoso nació que Jesús se le llamó. Jesús, toda dulzura, por nosotros padeció y encaminó nuestra alma a la eterna salvación.

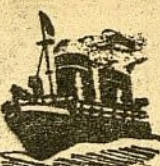
Héctor García
Arévalo. 13 años.



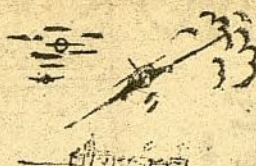
Tomás Simarro
12 años.—Infantes.



Matilde Clavero
10 años.—Madrid.



Juan Fernández
10 años.—Madrid.



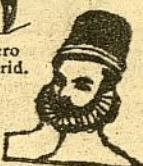
Leocadio Llácór
Madrid.



Alejandro Inondo
11 años.—Elgoibar.



Alberto Merino
Madrid.



Amalio García
12 años.—Sales.



Modesta Gabriel
9 años.—Madrid.



Julina Pando
10 años.—Arriónadas.



Fernando Garrido
Villanueva.



E. Cabadas
Rozalen del Monte



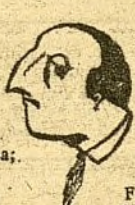
Francisco García
Ciempozuelos.



Maria Pilar Montejo
Villacarrillo (Jaén).



Leandro García
Paños (Gijón).



Constantino Amoros
14 años.—Novelda.



Francisco Durán
12 años.—Málaga.



Jesús Casanova Mary-Tere Chozas
11 años. 11 años.—Madrid.



Martín Picola
Olot (Gerona).



Francisco Leo
San Sebastián.



Juan Rofk Mummer
11 años.—Murcia.



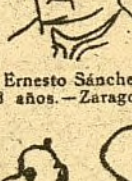
José Antonio Albert
13 años.—Barcelona.



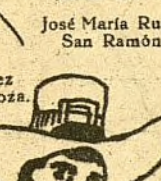
Maria Gabriel
12 años.—Madrid.



Luis Revuelta
La Pesquera.



Ernesto Sánchez
13 años.—Zaragoza.



José María Rubió
San Ramón.



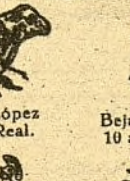
Martin Calabude
Gabriel Alberti La Junquera.



Villafranca Panadés.



Emérito López
Ciudad Real.



Bejarano Galdón
10 años.—Siles.



José Luis Junquera
9 años.—Santander.



José Cano
Torrehermosa.



Angel Villa
12 años.—Egea.



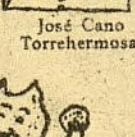
Domingo Pérez
Guilfo.



Roberto Alberdi
13 años.—Elbar.



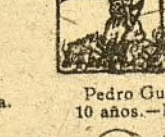
José María Lopetegui
11 años.—Pasajes.



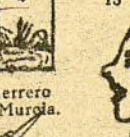
Rafael Alonso
9 años.—Madrid.



Francisco Pajol
14 años.—Masoteras.



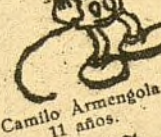
Pedro Guerrero
10 años.—Murcia.



Pepita Fernández
12 años.—Adra.



Juanito Camargo
San Sebastián.



Camilo Armengola
11 años.



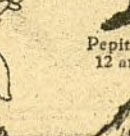
Alfonso Camargo
San Sebastián.



José Sosa
9 años.—Guareña.



Sebastián Durán
14 años.—Málaga.



Antonio Hernández
Madrid.



Sebastián Durán
14 años.—Málaga.

EN FLORILANDIA (CUENTO)

En tiempos muy remotos, existía un país llamado Florilandia, el cual era una perfecta maravilla. Todos los campos cubiertos de flores; sus habitantes muy pacíficos y caritativos. Lo que más valía de todo el país era el palacio del rey, cuyo nombre era Carlos IV. La terraza con una cúpula de oro macizo y con quitasoles y columnas de plata. Luego el salón del trono con los guerreros perfectamente uniformados con sus lanzas de acero; el rey sentado, majestuosamente en su trono, el cual era de oro, plata y marfil con sus iniciales incrustadas en piedras preciosas; en fin, era una verdadera maravilla.

Florilandia estaba en paz con todos los países vecinos excepto uno.

Su rey se llamaba Andrés X el cual tenía envidia a Carlos IV porque su país sólo criaba cardos y hierbas malas. Así es que le declaró la guerra, como Carlos IV no estaba acostumbrado a estas cosas, reunió un pequeño pero fuerte ejército y presentó batalla. Al cabo de dos meses de lucha Andrés X se vio obligado a enarbolar bandera blanca.

Y así acabó la guerra, con la victoria del dichoso rey Carlos IV.

Viva Franco! ¡Arriba España!—FIN.

Paquito Sempere
9 años.

Utiel.

UN RELATO HISTÓRICO

Este primer día de julio habíamos de ir de paseo mi tía Conchita, mis tres primas y yo. Por estar el día tormentoso nuestra genial tía convino en llevarnos al Cine Imperio, al lado de su oficina. Me dió el dinero para las localidades (por estar el día tormentoso no había película), sali yo a comprarlas, pero mis primas se empeñaron en venir también. Con tanta fuerza llovía y tal aire hacía, que yo veía nos estrellábamos sin poder parar; yo quedé enganchado en los cierres del cine y era cosa digna de una película cómica. A todo esto mi prima mayor Malú quería parar y dar la vuelta, pero el aire se lo impedía, así que parecía bailar unas sevillanas.

Debían de haber visto los lectores la transición; mis primas que iban tan pelnadas y vaporosas se habían vuelto unas momias tan lamidas y mojadas que se les podían escurrir los vestidos sobre todo a Malú que llevaba un traje de gasa, parecía ser un papel de fumar mojado y chupado.

A mí me pasó el agua hasta la camiseta a pesar de llevar un gran pluma. Al llegar a la oficina de mi tía Conchi, mis primas habían llegado ya sin ser vistas por mí que llegué corriendo sin preocuparme de otra cosa: que de secarme; el patio también estaba mojado a consecuencia de ello di un patinazo y me caí artísticamente. Subí a la oficina inmediatamente y mi tía me preguntó: ¿Y tus primas, dónde están? Yo no supe contestarle otra cosa que lo que había visto...

Llegó mi prima Toti y después Malú y Piquitos que contaron lo ocurrido, y estaban, como ya he oído, transfiguradas en... no sé; distintas de como habíamos salido.

José Manuel Suirós
12 años.

Toledo.



José Martínez
13 años.—Madrid. 10 años.—Placencia.



A. Arando



Antonio Hernández
Madrid.

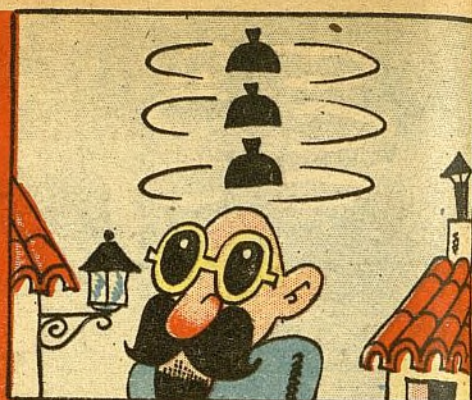


Sebastián Durán
14 años.—Málaga.

EL SUEÑO DE DON SATURIO



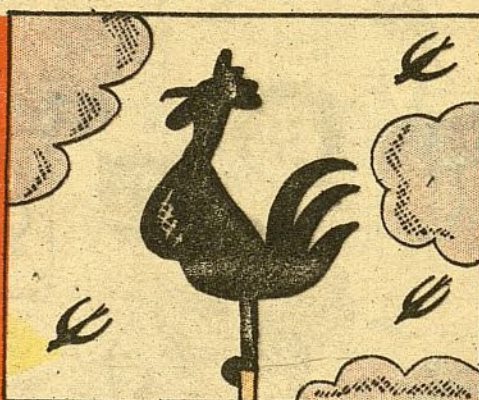
Una mañana se presentó don Saturio en nuestra redacción con un aire misterioso y un aspecto entre tímido y meditabundo. —«Vengo a explicar una aventura fantástica»—dijo con voz entrecortada. «Jamás habrán oído los lectores de FLECHAS y PELAYOS nada parecido». Nos dispusimos a escucharle.



—«Salí ayer de mi casa y noté de pronto con cierta extrañeza que mi boina se había multiplicado por tres y giraba, giraba, giraba vertiginosamente encima de mi cabeza con un ruido muy parecido al de una hélice. Sin querer dar importancia a aquel hecho seguí mi camino. No había andado....



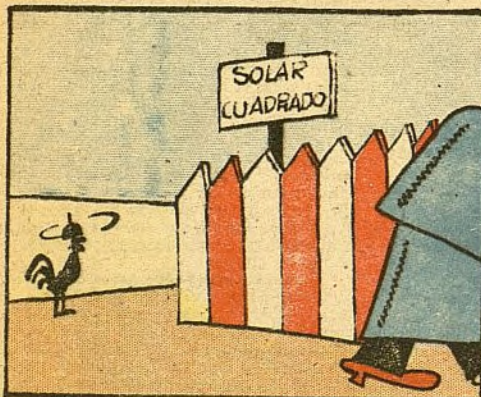
... algunos pasos cuando me pareció oír detrás y muy cerca de mis extrañas lamentaciones. Volvíme y ví a un rechoncho y voluminoso sujeto que me decía con voz suplicante: ¡Señorito, deme una! ¡Ande, señorito! ¡Deme una de las fres! ¡Ande! No tuve más remedio que darle una de las boinas.



Pero toda aquella maniobra había sido rigurosamente observada por un gallo de hierro que había en todo lo alto de una vetea. El animal, ni corto ni perezoso, descendió de su atalaya con un ligero vuelo y se dispuso a perseguirme con ahínco diciendo con voz entre gangosa y meliflua: ¡Párate, cacho melón!



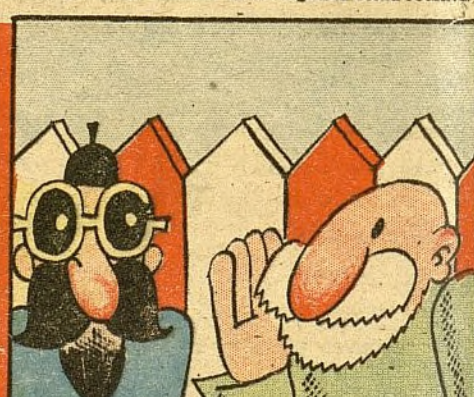
Me molestaba extraordinariamente ir por las calles abarrotadas de público seguido de aquel extraño animal que me perseguía haciendo un ruido metálico y sin dejar de dirigirme socos improprios: ¡Párate, cacho melón! ¡Que te pares digo, so mule! No tuve más remedio que desprenderme de mi segunda boina rotativa.



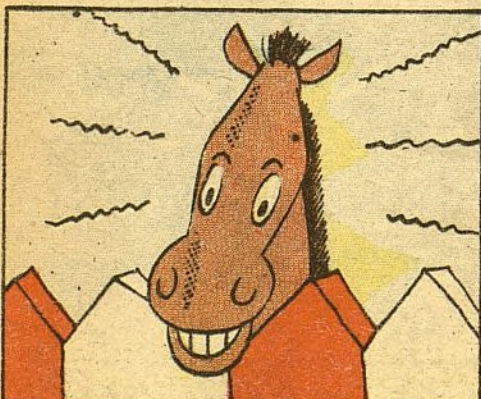
Quedé bastante aliviado al dejar de ser seguido de aquel estúpido animal que quedó parado con su boina aunque sin dejar de mirarme con ojos maliciosos. Aprovechando un descuido del ave me introduje en un solar que hallé a mi paso. Respiré satisfecho al encontrarme en un lugar seguro.



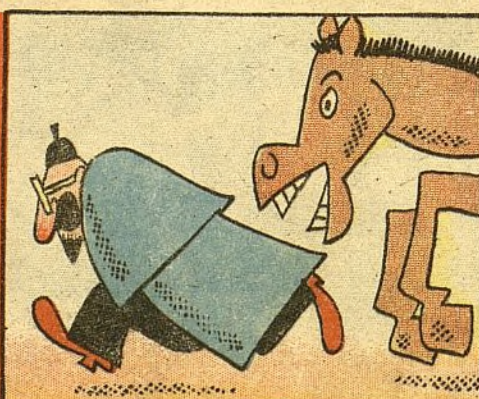
Pero mis ojos debían contemplar aún cosas extrañas. En el interior del solar un barbero boca abajo dejaba asomar a un joven la cabeza y los brazos. Un señor respetable, que por las apariencias debía llamarse Federico, me dijo amablemente: Oye, pequeño, mira el barbero....



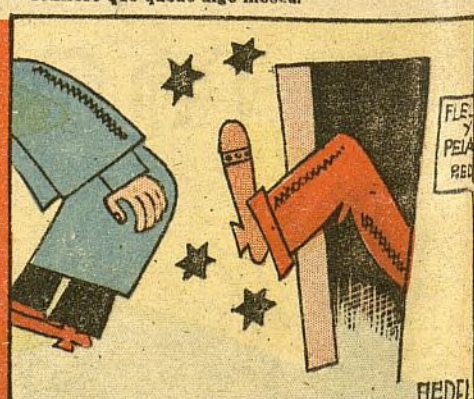
Cuando ya empezaba a tranquilizarme se me acercó el caballero y con voz muy baja me dijo mirándome fijamente con una mirada extraña, inquietante: ¿Qué dirías si viniera un caballo por detrás y te mordiera? Confieso que quedé algo mosca.



Pero al ver aparecer por detrás de la valla un enorme caballo que me lanzaba miradas de odio y melancolía, creí desfallecer. No sé cómo pude extraer tantas fuerzas de tanta flaqueza, pero el caso es que apreté a correr como una liebre.



Detrás de mí sentía el galopar del tremendo caballo que corría de mí en pos... Yo no podía más... Mis piernas flaqueaban... El caballo avanzaba... ¡De pronto...! —¿Qué pasó?—preguntamos nosotros anhelantes. «Pues... de pronto... ¡me desperté!»—exclamó D. Saturio.



Y aquí tenéis expresada gráficamente la forma en que respondimos al bromazo de don Saturio y la manera en que salió aquella mañana, de la redacción de FLECHAS y PELAYOS.

(Texto y «monos» de ARDEL.)